
Editorial:

Argentina: una lección de dignidad

Deslinde N° 30, febrero de 2002

Argentina tuvo en dos semanas cinco presidentes. Duhalde, el último, en su poco tiempo de gobierno ha recibido varios cacerolazos. Pastrana, de la mano del FMI, lleva casi cuatro años aplicando las mismas políticas que ocasionaron el levantamiento popular en el país gaucho, con un círculo íntimo que en el nuestro ha protagonizado escandalosos actos de corrupción y sigue tan campante. Hay grandes similitudes y no pocas diferencias. El desmonte del Estado argentino, en su época uno de los más fuertes del continente, lleva casi treinta años, desde el período de las dictaduras militares y fue una de las experiencias piloto del neoliberalismo, uno de los que aplicó más profundamente estas políticas, paseándose los encargados de administrarlas por todo el mundo, aconsejando a los demás países atrasados sobre el “modelo argentino”. El patrimonio público en la nación austral fue privatizado por Menem, vendiéndolo en corto tiempo por un precio 10 veces menor a su valor real, con lo cual entregó grandes ganancias a las multinacionales. Con una multimillonaria inversión extranjera y la multiplicación de la deuda externa, el capital financiero internacional saqueó la otrora economía más rica de Sur América. Como consecuencia de todo esto y al contrario de los pronósticos del Banco Mundial y el FMI, dicho país en lugar de avanzar, retrocedió. En las últimas semanas de 2001, cuando ya se estaba ahogando la economía, las medidas fueron particularmente irritantes: disminución de los salarios y limitaciones para sacar los ahorros de los bancos, lo cual se convirtió en una verdadera expropiación de los ahorros de la población, para salvar al sector financiero. La indignación popular explotó y los cambios producidos por ella aún están en curso.

Diversos factores han hecho de Argentina un caso particular, entre los que se destacan: a pesar de la creciente influencia norteamericana, Argentina es en cierta medida una zona en disputa y los capitales europeos y rusos tienen allí una gran influencia (apenas 11% de su comercio exterior se hace con Estados Unidos) lo que determina una aguda lucha entre las fracciones de la clase dirigente; existe una fuerte clase obrera debido en razón de la relativa mayor industrialización lograda en anteriores décadas; vastos sectores de las capas medias, que en una época tuvieron la mejor situación de América Latina, se han incorporado a la lucha; la economía informal, que en otros países sirve de amortiguador de la crisis, allá son relativamente débiles; la izquierda reformista, que por medio de una coalición política denominada Frepaso gobernó en los últimos dos años junto con la Unión Cívica Radical ha fracasado con el hundimiento del gobierno de De la Rúa, esa especie de Serpa gaucho, elegido con un programa socialdemócrata ubicado en la llamada Tercera Vía; el predominio y la rapacidad del capital financiero, al lado de la inveterada corrupción, terminaron descapitalizando y desindustrializando al sector productivo.

Finalmente, la “convertibilidad”, que en realidad fue una dolarización encubierta, y la posterior devaluación arrojaron de inmediato a la ruina, el desempleo y la miseria a millones de argentinos, quienes han tenido que vivir uno de los peores dramas de pauperización del continente. Si se mantenía la paridad, se debilitaban las exportaciones y se estimulaba la fuga de capitales, pero al devaluar se disparó la inflación, se volvieron impagables las deudas empresariales, las de hipotecas y carros –las cuales se habían contraído en dólares– y se incrementó la onerosa deuda externa de un gobierno que recibe ingresos en pesos mas debe pagarla en dólares. Toda esta crisis muestra lo regresivo de las políticas neoliberales y evidencia lo precario de las soluciones monetaristas, las cuales no van al fondo del problema, pues, aunque puedan estimular las exportaciones, si no se protege el mercado interno, sigue el desequilibrio y las compras deben seguir financiándose con nuevo endeudamiento.

Por otra parte, si el Estado pierde todo margen de acción y su labor se limita a recortar gastos sin estimular los ingresos, incentivando la actividad productiva y elevando los niveles de vida de la población, la situación no mejorará y vendrán nuevas tormentas. La suspensión del pago de la deuda, más que una decisión política y soberana, fue producto de la física imposibilidad de pagarla, pues, de hecho, antes de la caída de De la Rúa, ya era imposible cubrir las amortizaciones.

Muchos analistas han atribuido la crisis a la corrupción de la clase política, factor que cuenta y que en medio de la crisis exaspera a la población, pero la corruptela ha sido una constante en toda la vida de la hermana república. Lo nuevo en este aspecto es que la feria de privatizaciones y el saqueo del Estado han sido protagonizados por una capa neoliberal que, acaudillada por el extravagante señor Menem, ha desbaratado el país a favor de los grupos financieros, cuyas gigantescas ganancias opacan los dineros que se hurtan sus representantes políticos.

Colombia, en múltiples aspectos, va por el mismo camino argentino ya que el aumento de la deuda es inatajable, dado que estamos importando más de lo que exportamos. Las reformas neoliberales de la última década son idénticas a las de ese país y del resto de América Latina. Las únicas soluciones a la crisis planteadas por los gobiernos han sido disminuir el gasto público, recortar personal, rebajar las pensiones, privatizar, disminuir las transferencias a las regiones y recortar el gasto social, con el consiguiente agravamiento de la situación de los pobres. Las orientaciones del nefasto FMI constituyen el eje de la política económica gubernamental y la producción agraria e industrial continúan su quiebra, mientras la corrupción en las altas esferas y la violencia en campos y ciudades empobrecen más a los colombianos. Colombia está peor que Argentina en varios aspectos, ya que aquí ha aumentado más rápidamente el monto de la deuda en relación con el ingreso nacional. A diferencia de Argentina, desde 1993 el gobierno colombiano padece un déficit primario y nuestro país tiene que pagar una mayor proporción de su PIB que Argentina para amortizar la deuda pública (3,9% del PIB en Colombia contra 3,4% en Argentina en el 2000). La receta del FMI para mejorar la situación consiste en atraer la inversión extranjera sin revelar que en los últimos años a Argentina llegó diez veces más inversión extranjera que a Colombia lo cual no impidió la actual crisis. El gobierno colombiano incluso ha ido más lejos en algunos aspectos que el argentino al desmontar completamente el sistema de salud pública, enrumbar la educación a todos los niveles hacia su privatización y disminuir las transferencias de recursos de la nación a las regiones.

La perspectiva para el año 2002 es peor: la demanda interna caerá aún más por el desempleo y el empobrecimiento crecientes. Muchos precios han aumentado por encima de la inflación, como los

servicios públicos, medicamentos, peajes, combustibles, por lo cual la producción seguirá cayendo desestimulada por la persistente apertura y la baja demanda interna, además de la reducción de la demanda internacional, producto de la crisis económica mundial. Venezuela, uno de los principales destinatarios de nuestras exportaciones, disminuirá su capacidad de compra debido a la inminente devaluación del bolívar y al descenso global de los precios del petróleo, que como los productos básicos que proceden del mundo subdesarrollado seguirán abaratándose. El incremento sostenido de la violencia y la incertidumbre que caracteriza las negociaciones de paz atemorizará a la población, desestimulará la inversión privada y fomentará el gasto público improductivo.

Pastrana ha merecido muchos más cacerozcos que De la Rúa, sin subestimar la importancia que tuvieron el año pasado los paros agrarios, las movilizaciones de obreros, maestros y empleados y las protestas cívicas. Varios gobiernos latinoamericanos cayeron o enfrentaron agudas crisis por mucho menos neoliberalismo que el padecido en Colombia donde, en los últimos años ha existido una oposición cortesana, un Parlamento complaciente, un movimiento obrero desorientado parcialmente por el ministerio de Trabajo, unos gremios de la producción manipulados por el poder ejecutivo y un ambiente de desafortunada violencia que, en lugar de estimular la organización popular, ha implicado la apatía y la desmovilización y dispersión de vastos sectores sociales.

Sin embargo, no es tarde para aprender del ejemplo argentino. El inepto y manipulado régimen de Pastrana merece ser despedido con las protestas y abucheos de un movimiento popular que habrá de resistir con mayor unidad las últimas ejecutorias del agónico gobierno que a nombre del “cambio para la paz” unció el país a un acuerdo con el FMI y lo comprometió a ingresar al ALCA, y habrá de disponerse a enfrentar al futuro gobierno. Lo que corresponde en el momento al pueblo colombiano es intensificar la protesta, aprendiendo las lecciones de resistencia y dignidad de los hermanos gauchos.
